

INÉDITO



¿Cómo recuperar la peste, ¿cómo recuperarnos de la peste?¹

Liliana Baños (*Comité Científico*)

Comenzaremos con una afirmación freudiana compleja y con varias aristas: “*Para que el psicoanálisis exista, nada debe dejar de existir*”. La ponemos en juego en relación a la disputa gastada, reiterada, erosionada entre el psicoanálisis y otras prácticas de distintas orientaciones teóricas (las neurociencias, el conductismo en formas variadas, la psicología positiva, la biodecodificación). Freud nos dice que no se trata de sostener la pugna estéril, ni de demostrar, tampoco de tolerar con graciosa generosidad su existencia, sino que “deben existir” para que el psicoanálisis exista. El psicoanálisis no podría ser un discurso único, ya sabemos las consecuencias fascistas de los discursos únicos. Como nos dice Badiou: toda política identitaria es criminal.

Sí se trata de diferenciar, al singularizar cada discurso, leyendo sus efectos, las marcas en sus prácticas y las consecuencias en las vidas. ¿Cómo construyó cada uno su “objeto de estudio”? No decimos lo mismo cuando nos referimos al síntoma, a la cura, a la escucha o al sujeto. Allí vemos cómo se filtra en algunos una afanosa intención de eliminar el malestar como estructural, hacer desaparecer el conflicto, responder a la demanda perentoria de que todo sea fácil, rápido, sin esfuerzos.

Volviendo al psicoanálisis, lo que no puede dejar de existir es el efecto perturbador de la sexualidad, el dolor, el cuerpo, la pulsión de muerte... o sea, *nuestra propia peste*.

Lo irreductible de la negación fervorosa a aceptar el malestar como estructural es, como posición discursiva, totalmente solidaria con el modo como Byung– Chul Han analiza los ideales de lo que él llama “La sociedad paliativa”, título de su libro. Byung– Chul Han es un filósofo surcoreano, nacido en Seúl y que vive en Alemania (corazón de Europa), quizás de ahí su mirada (de cierta interioridad externa o exterioridad interna) muy interesante. Dice que:

- La democracia paliativa no acepta llevar a cabo reformas profundas (podrían ser dolorosas). No se anima a enfrentarse al dolor
- La psicología positiva debe ocuparse del bienestar– optimismo–felicidad
- Incluso el dolor debe someterse a una lógica del rendimiento (un claro ejemplo de esto es la llamada resiliencia)
- Los norteamericanos son la primera generación que reclama la existencia sin dolor como si fuera un derecho constitucional

¹ Panel de las Jornadas de la Masotta “Psicoanálisis, salud, políticas públicas”. Exposición oral del 29 de septiembre de 2022.

Esto nos hace eco en el psicoanálisis: si no tenemos lugar para el dolor, ¿dónde ubicaremos el “dolor de existir”? ¿Qué pasa cuando al dolor se le quita el sentido, la discursividad y la representación simbólica? Sólo es debilidad, no puede convertirse en pasión, queda condenado a enmudecer.

Entonces, entre las víctimas del delirio de autocomplacencia aparece el corte en la carne sobre la piel rosada, el corte como reverso de la selfie. Me impresionó mucho esta imagen.

En el infierno de lo igual se requiere una forma sensorial de la prueba de existencia.

Imágenes logradas: vidas subidas al Instagram, sociedad del like, analgésicos del presente. Múltiples variantes de huida de lo real que nos confronta.

En psicoanálisis acallamos la inquietud de una verdad cuando el analista se sitúa más del lado de la saturación de un argumento que de la intuición (palabra para recordar) que conjetura y rastrea un orden de razones. ¡Clara estocada a la Peste!

Si –como nos dice Byun– Chul Han– la búsqueda de lo idéntico es siempre letal, recuperaremos la Peste cuando no transformamos la teoría en fetiche. Pero cuando no soportamos (como diría Freud) “una pizca de verdad”, convertimos al psicoanálisis en un discurso auxiliar. Cuando escuchamos analistas que tranquilizan desde la televisión y explican todo, nos preguntamos cómo lo hacen desde una teoría que sostiene que entre el mundo y el discurso anida la pulsión de muerte. ¿Qué tendría de tranquilizador?

Cuando Freud pronuncia su famosa frase en su visita a los EEUU “No saben que les hemos traído la Peste” evoca esa rápida y entusiasta aceptación del psicoanálisis con el correspondiente falseamiento de sus principios fundamentales y con la difusión que produce un saber tranquilizador, desplazando al psicoanálisis al ámbito menos comprometedor de la cultura, como si el psicoanálisis no tuviera su politicidad.

Se escucha el eco cuando Byun– Chul Han dice: la sociedad paliativa despolitiza el dolor, sometiéndolo al tratamiento medicinal y privatizándolo. Esto es, reprime la dimensión social del dolor, no hay lugar para el dolor en común, no hay nosotros, no hay protesta.

La nueva forma de la dominación, nos dice Byun– Chul Han, es: ¡SÉ FELIZ!! Sabemos que este imperativo puede ser más devastador que: ¡SÉ OBEDIENTE!! La posibilidad de la felicidad debe proporcionar una ininterrumpida capacidad de rendimiento. El sometido ni se entera de su sometimiento, se explota voluntariamente a sí mismo creyendo que se está realizando. El dispositivo de la felicidad aísla a los hombres, despolitiza la sociedad y conduce a la pérdida de la solidaridad. O sea, se trata de la meritocracia en su esplendor. La felicidad adviene un asunto privado. Como diría Facundo Manes: la pobreza es una sensación.

Para terminar, Freud habla de la Peste.

Según Mari la Peste pertenece (en principio) al orden de lo extranjero.

- Por derecho propio es ajena a la ciudad.
- No designa una enfermedad como otras
- No puede registrarse en un paso directo de la Naturaleza a la Cultura
- Invierte el orden social, interrumpe sus reglas y desacomoda las costumbres
- Es insidiosa y oscura



- Es la enfermedad—castigo por excelencia, viene siempre envuelta en la idea de culpa. Resuena la pregunta de la pandemia: ¿saldremos mejores?

En el texto de Sófocles Edipo es responsable de la plaga por sus actos. Dice algo así como que la ciudad maltratada por la plaga no puede levantar más la cabeza sobre las rabiosas olas de la muerte.

La Peste es, en rigor, un mal metafísico: no tiene criterio de aparición ni desaparición. Es el lugar de la catástrofe que interpela la moral, es el mensajero que habla sordamente de estigmas en lo social.

En psicoanálisis la Peste agita la sexualidad como dominio extranjero interior perturbador, con la que nunca habrá un buen encuentro y también la metáfora de la muerte que anticipa la última y más terrible plaga: la pulsión de muerte.

La pulsión de muerte es el límite de toda soberbia: no todo es interpretable, no siempre la cura es el horizonte posible, no todas las incógnitas se despejan. Es un obstáculo a la modernidad, a las actualizaciones y a las superaciones terapéuticas.

El panel interrogaba acerca de cómo recuperarnos de la peste. Será, entonces, poder leer la alienación anestesiada que se nos ofrece.

Analizarse puede ser un acto de resistencia.